

Domingo XXII del tiempo ordinario (septiembre 3, 2017)

Por el Rev. Enrique Granados
Pastor Asociado de la Iglesia Católica de San Pablo Apóstol
Memphis, Tennessee

“Me sedujiste, Señor, y me deje seducir, fuiste más fuerte que yo y me venciste.”

Esta expresión de Jeremías, marco mi vida para poder responder al llamado de Dios. Desde muy pequeño, recuerdo que siempre sentí el deseo de servirle al Señor como sacerdote. Conforme fui creciendo y eran más las ganas de participar en las cosas de Dios, quería descubrir a esa persona especial, perfecta, amorosa a quien nosotros le rendimos culto y le llamamos Dios.

Con el tiempo mi pasión por aprehender y saber cuál era ese misterio divino, me enamore y hasta la fecha satisface toda mi naturaleza que no tengo espacio para otro amor que no sea El.

Llego a la conclusión, que Dios tiene una capacidad delicada y suave para conquistar cada corazón, para hacer más fuerte la relación personal entre el y yo.

En este camino que no es fácil, pero exquisito por su experiencia, descubro que, Dios lo único que espera, es que yo me valore y sea consciente de lo que me espera después de haber pasado por tantas adversidades, problemas e incluso enfermedades o desilusiones.

Nada, ni nadie puede llenar ese vacío falto de amor, sino sólo quien me creo, porque su amor es infinito y me motiva todos los días para superar mis carencias e imperfecciones.

San Pablo, en la carta a los Romanos, expresa esa alegría de vivir, como Dios manda, no porque nos convirtamos en esclavos de su palabra o voluntad, sino porque es lo que nos da plenitud, entusiasmo, ganas de vivir sanamente, sin prejuicios mundanos y vanos, que solamente destruyen la imagen humana creada por el amor de Dios.

Un buen cristiano que vive conforme a los mandamientos de Dios, es un cristiano libre, dispuesto a defender la justicia y luchar por el bien común.

Un cristiano que se deja llevar por el deseo de este mundo, (llámese interés material, político o social) es un cristiano frustrado, egoísta, amargado, renegón, desinteresado, fracasado, cobarde y además pierde la oportunidad de ser amado y dejarse amar, pierde su salvación y hará que muchas personas a su alrededor también la pierdan.

El ejemplo claro, está en Pedro, cuando le responde a Jesús: *“No lo permita Dios, Señor, eso no te puede suceder a ti.”* (Evangelio de Mateo) pero Jesús responde: *“Apártate de mí, santanas, y no intentes hacerme tropezar en mi camino, porque tu modo de pensar no es como el de Dios, sino el de los hombres.”*

Por supuesto, no era el pensamiento de Dios para un hijo que había conocido su amor, que lo había seguido a todas partes y había sido testigo de muchos milagros.

Entonces que pasa conmigo, porque a veces me vence el miedo interior y me escondo dentro de mí, con actitudes falsas y respuestas vanas, es que no acaso he seguido al Señor por mucho tiempo, acaso no he escuchado su palabra y me he alimentado de su cuerpo, entonces porque sigo pensando como los hombres.

¿Cuándo cambiara mi pensamiento y mi actitud? ¿cuándo me decidiré a vivir de manera diferente como Dios me pide y exige? ¿hasta cuándo? ¿hasta cuándo me dejaré seducir por su amor? ¿hasta cuándo confiaré en El? ¿hasta cuándo?

Será acaso al final de mi vida, cuando esté cansado y con poca fuerza, o cuando este impedido por una enfermedad o una tragedia.

El tiempo es hoy, deja tu miedo, deja tus prejuicios, deja tu pereza, piensa y busca vivir como un verdadero cristiano, defiende tu fe y nunca la iguales a las filosofías mundanas y mediocres, defiende tu vocación como casado o soltero o consagrado, defiende la justicia, como medio para vivir en paz y armonía con todos.

Deja que tu alma busque a Dios y se llene de El, entonces hallarás descanso y sentirás tu carga ligera, porque el amor de Dios es tan grande, es tan profundo, es tan ancho que nada ni nadie, ni pensamiento humano lo sobrepasará.

Si yo estoy aquí, no es para llenar un espacio u ocupar un lugar, si yo estoy aquí es porque su amor me conquisto y me siento tan pequeño ante su presencia pero a la vez tan amado que no quepo en este lugar. El me ha ganado y estoy dispuesto a sufrir y morir por El y su justicia divina.

Vayamos ahora a celebrar la mesa de la eucaristía y vamos a pedirle que al alimentarnos nos deleitemos de su amor. Como lo pedimos en el salmo responsorial: *“Señor mi alma tiene sed de ti”*. Amen.